tro poder. Haceos el mas fuerte en mi corazon. Poned en él todo lo que quereis encontrar. Dadme las virtudes que Vos me pedis, y mandad (San Agustin) todo lo que os agrade.

ARTÍCULO LVI.

Infelices de aquellos que no se unen inseparablemente á Dios.

Si quis in me non manserit, mittetur foras et arescet.—Joan. c. 15.
El que no estuviere en mí, será echado fuera.... y se secará.

Débiles cañas, que el mas lijero viento agita y destruye, ¿una funesta esperiencia no deberia enseñarnos, que nosotros no podemos evitar el ser destruidos sino estando inseparablemente unidos á nuestro Dios? Porque todos los que se alejan de él perecerán, dice el Profeta. La rama separada del tronco se secará muy pronto y será echada al fuego.

¡Oh terrible amenaza! dispongámonos á prevenirla reuniendonos á este árbol de vida, que puede hacernos producir frutos de santidad. Lejos de este centro único de nuestro descanso y de nuestro amor, nosotros no podemos mas que vagar de objeto en objeto y de precipicio en precipicio.

¡Ah! Señor, yo he palpado, que todo lo que me une á las criaturas, me arranca, por decirlo asi, de vuestro seno, dejandome en una agitacion tan continuada como triste. Ecsigido sin cesar por mis deseos, yo no puedo ni fijarlos, ni satisfacerlos, y una miserable esperiencia me enseña, que las inquietudes y congojas, son siempre el deplorable alimento de un corazon que no halla su lugar, y que no puede hallarlo sino en Vos. Es en vano que él voltié hácia todas partes, para buscar un bien que se escapa á cada instante, y él no hace sino diferenciar sus trabajos, diferenciando sus empeños.

Nacido para gozar de Vos Dios mio ¿cómo podré estar tranquilo y feliz sin Vos? Mi

corazon no siente sino la incapacidad y vacío de todos los bienes que se le ofrecen. Vos solo, sí; Vos solo podeis hacer su dicha, y su alegría; Vos solo podeis calmar sus turbaciones, sofocando las pasiones que las producen; Vos solo llenar estos deseos in finitos como Vos. Dignaos pues atraer un co-corazon que no es hecho sino para Vos. Destruid esta muralla de separacion que su indiferencia é inconstancia, habia elevado entre Vos y él. Que él corra con un santo entuciasmo al olor agradable de vuestros perfúmenes; (Cántico C. 1.) y que él se fije para siempre en solo Vos.

Mi alma no ha sido hasta aquí sino un brazo de árbol esteril y seco; pero Vos le dareis una feliz fecundidad, comunicándole esta sabia divina que sale de Vos con tanta abundancía, y que germina luego en el seno de aquel que pone su morada en Vos. Vos sois, Dios mio, la verdadera vida y todo lo que no animais muere. Vos sois el verdadero camino, y todo lo que está fuera de Vos es estravío. Vos sois la verdad e-

eterna; y todo lo que no se os conforma es vanidad y mentira· Iluminadme, Señor, Vos sois la luz del mundo. Guiadme ¡oh único conductor de Israel! Sostenedme ¡oh seguro apoyo de los que os invocan! Estableced en mí vuestra morada, Vos qne sois la gloria y el cimiento de los tabernáculos de Jacob. Reunid todos mis sentimientos en Vos solo, á fin de que nada me separe de Vos ni en tiempo ni en la eternidad.

ARTICULO LVII.

Quejas de una alma disgustada de la vida por el peligro en que está de ofender á Dios.

Taedet animan meam vitae meae.
—Job. c. 10.
Mi alma tiene tedio de mi vida.

¿Que haré en lo sucesivo en esta triste morada que no ofrece á mi vista mas que lazos y peligros? ¿Que haré yo, ¡ay de mi! en una tierra avara que devora á sus habitan-

tes, donde todo me disgusta y me cansa, donde todo me hiere ó me seduce donde todo es para mí, objeto de temor y escándalo? ¿Cuál es el medio de vivir entre tantas miserias y peligros, en una infeliz region donde mi debilidad encuentra en cada momento tantos escollos, donde todos mis pasos no son mas que caidas, donde yo no hago el bien que apruebo y deseo hacer, donde yo practico el mal que aborrezco y que deseo evitar?

¡Cuán desgraciado soy! (S. Pab. Rom. 6.) ¿quien me librará de este cuerpo de muerte, que es la fuente de mis inquietudes y la causa fatal de mis desdichas? ¿Quién me librará sobretodo, ¡oh Dios mio! del peligro continuo de disgustaros? ¡Cuan triste y afligida es esta situacion para un corazon que desea amaros, y que siente el peso de una carne fragil y corrompida que le aleja sin cesar de Vos! Mi alma no puede soportar por mas tiempo esta pena. Una vida que á cada momento la espone al peligro de perderos, ¿no es mil veces mas espantosa que la muerte?

Los dias del hombre, ¡ay de mi! han sido abreviados, (Job c. 10.) y ellos no componen sino algunos momentos; pero ¿no son bastante largos estando casi siempre marcados por flaquezas ó miserias?

Peleando sin cesar con mil enemigos conjurados para perderme, en un lugar donde todo es tentacion, ilusion ó congoja; ¿cómo no deberé suspirar por mi libertad? ¿Cómo no desearé esta redencion perfecta, y esta ciudad permanente donde todas las pasiones serán apagadas, todas las lágrimas enjugadas, todos los deseos llenos, todas la virtudes aseguradas y vuestro reino ¡oh Dios mio! establecido para siempre en los corazones?

¡Oh dia feliz! mis votos os llaman ¡qué no puedan ellos apresuraros! Yo os saludo, ¡oh tierra de los vivos! desde el fondo de este valle de miserias, en medio de este triste destierro y de esta prision de muerte. ¡Oh promesas futuras! ¡Oh dulce esperanza! vosotros me haceis insipidos todos los placeres; vosotras me causais disgusto por todo lo que se me ofrece en esta tierra es-

trangera y sembrada de espinas.

¡Celestial Jerusalen! ¡Patria feliz! fijad todas las miradas de mi corazon; que no pida mas que á vos, ni piense en otra cosa, en este destierro; que no escuche con gusto sino lo que se cuente de vuestra gloria, que no marche sino hácia vos; que cualquiera otro objeto, ó cuidado me importune y me aflija en lo sucesivo.

Venid, Señor, (Apoc. c. 22.) venid, y que todos los que os aman, junten sus instancias á las mias. Venid, no difieras mas á las esclamaciones de mí conato. Terminad en fin mis combates, mis tormentos y mis temores.

ARTÍCULO LVIII.

El orgullo del hombre confundido por las humillaciones de un Dios.

Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens.=Philip 2.
Jesucristo se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo.

Era necesario, pues, que un Dios baja-

se del cielo y se despojase de su gloria para enseñar la humildad á débiles mortales, á quienes sus necesidades, sus miserias y su bajeza, deben hacer caros y naturales la dependencia, la abyeccion y la oscuridad?

El Rey de reyes, el Hijo Eterno del Altísimo, igual en todo á su Padre, se ha abatido, se ha humillado hasta la muerte, y muerte de cruz; ¡y nosotros, viles esclavos, miserables criaturas, nos atrevemos á quejarnos de la menor humillacion! Una palabra poco menos medida nos choca; una preferencia un poco marcada nos disgusta; una lijera desobediencia nos irrita y enfada. Pretendemos ser honrados en todos los lugares. Nosotros queremos que se nos sirva, considere y atienda; ¡nosotros cuyos títulos mas incontestables y recomendaciones mas fuertes son la corrupcion, lanada y el peeado! ¡Oh cielo! ¿se ha visto pretension mas injusta y delicadeza mas fuera de su lugar? ¡Oh! ¡cuantas y cuan profundas raices necesita el orgullo humano, si el ejemplo de un Dios pobre y anonadado, no tiene el poder de arrancarle y destruirle!

Discípulos índóciles de un Señor que tanto se ha abatido por instruirnos y formarnos; ¿nunca nos corregirémos? ¿No nos avergozarémos de esta monstruosa alianza de nuestra vanidad con nuestros defectos; de las inclinaciones que nos degradan, con los sentimientos que á la vez nos inchan ó ensoberbecen?

Lloremos nuestra ceguedad; entremos seríamente en nosotros mismos, consideremos con atencion y dolor esta estraña mezcla de sensibilidad y de bajeza. ¡Ay de mí! ¿en qué se funda este nuestro ser, despues qne le ha desfigurado tan horriblemente una desobediencia culpable? Lloremos amargamente la caida y aun mas la falsa elevacion. Conozcamonos ¡perfectamente, y no podrémos menos que despreciarnos. Fijemos sobre todo nuestras miradas en los anonadamiontos de un Dios hombre, y reconocerémos todo el crimen y toda la injusticia de nuestro orgullo.

Esto es mucho Señor, es demasiado, y un tal paralelo me confunde y me aniquila á vuestros piés. ¡Ay de mí! yo he añadido á

vuestras humillaciones la de revelarme con mi orgullo cantra Vos; y Vos habeis añadido á vuestra paciencia y bondad la misericordia de haberme sufrido hasta aquí. Añadid todavia el perdonarme aun tan ingrato y culpable como he sido. Recibid la declaracion de mi confesion y de mi dolor con el arrepentimiento de mi injusticia.

Vil gusano de la tierra, cuyo estado natural es ser hollado; esclavo del pecado, rebelde á vuestras órdenes, ¡cuán justo es que todas las criaturas elevándose contra mi me opriman de ultrajes! Esta compensacion seria muy poco proporcionada á mis faltas; mas dignaos tener misericordia de mí, divino Salvador. ¿Puedo yo ofreceros alguna cosa que iguale á lo que Vos habeis sufrido por mi amor? ¡Ah! mi impotencia acaba de humillarme y ella entra en vuestros designios. Recibid mis deseos y mis lágrimas como el solo sacrificio de reconocimiento y de expiacion que pudiera presentaros.

ARTICULO LIX.

Nosotros encontramos todo en Jesucristo.

Cum illo omnia nobis donavit.
—S. Paul. Rom. c. 8.
El Señor nos ha colmado de todos los bienes, dándonos á Jesucristo.

¿Que don mas precioso ¡Dios mio! podiais hacernos? Este don encierra en sí todos los dones; pero ¿qué digo yo? él les sobrepuja á todos. Sí, dándonos vuestro Hijo, Vos habeis agotado, si me es lícito espresarme así, todas las riquezas de vuestra misericordia. ¿Qué puedo yo ver, que puedo desear sobre la tierra, y qué puedo figurarme en el cielo, esclamaba el Profeta (Ps. 72.), que no encuentre abundantemente en Vos, Dios mio, mi eterna herencia?

Divino Salvador yo os dirijo con razon, las mismas palabras, y yo os debo los mismos sentimientos, pues que Vos sois el esplendor del Padre, la imágen perfecta de su sustancia, y el objeto esencial, único é in-

finito de todas sus complacencias, y que en fin reunis en Vos solo todo lo que yo puedo desear de mas grande y precioso.

Yo veo en Vos un modelo cumplido que debo seguir, un Señor complaciente que me da valor, un Padre indulgente que me escusa, un esposo fiel que me ama. Yo descubro en Vos un Dios fuerte que me sostiene, un tierno amigo que me consuela, un médico caritativo que me cura, un doctor sublime que me enseña, un guia iluminado que me conduce, un Dios remunerador que me anima. ¿Qué añadiria yo aun, y á donde me llevaria una enumeracion sin fin? Vos me prodigais todos vuestros dones, Vos mismo os dais á mí en todas maneras, tomais sobre Vos todas mis miserias, me haceis participante de todos vuestros bienes y me trasmitis todos vuestros derechos.

Dios invisible por naturaleza, os haceis visible por amor, y quereis ser siempre por mi causa, lo que no habeis sido por toda una eternidad. ¡Qué condescendencia! ¡Qué favor! ¡Qué relaciones tan íntimas! ¡Qué lazos tan tiernos! ¡Qué de titulos incontes-

tables que me adhieren á Vos para siempre!

¡Por qué invencion tan admirable os dignasteis quedar por mí sobre la tierra, haceros mi alimento, y cambiaros en mi propia sustancia! Yo puedo en lo de adelante consideraros como haciendo parte de mí mismo, mirar cara á cara vuestras amabilidades y perfecciones, como un bien que me pertenece del todo. Vuestra sabiduria, vuestra gloria, vuestras riquezas, vuestro poder, son mios, por el don que vuestro amor me ha hecho; los prodigios de vuestra gracia se han hecho para mí; todas estas cosas han sido hechas y subsisten por Vos y para Vos, y me concedeis su posesion queriendo que ellas sirvan para mi uso. Mas, ¿qué haria yo, divino Salvador pretendiendo contar vuestros beneficios? Antes agotaria el oceano gota á gota. Todo lo que está contenido en este vasto uuiverso tiene límites; pero los testimonios de vuestro amor no los conocen. Mi corazon no es suficiente á los trasportes que me inspira. El se lanza fuera de sí mismo en su ardor, para perderse en vuestra inmensidad y en su renonocimiento por Vos.

ARTICULO LX.

Ventajas de un entero abandono á la Providencia.

In pace in idipsum dormiam
et requiescam.=Ps. 4.
Yo dormiré tranquilamente y
descansaré en él.

¿Que situacion mas tranquila y segura, qué lugar mas propio para reposar en paz, que el seno de un padre poderoso y tierno?

¿Qué suerte hay tan amable como la de aquellos, que en un entero abandono á la Providencia divina le remiten sus cuidados y sus intereses? Libres de las penas y de los cuidados que agitan á los otros hombres, esentos de los temores é incomodidades que devoran á las almas débiles, su confianza les conduce y sostiene en sus brazos como una madre tierna á su querido hijo.

La sabiduria, la fuerza y la bondad del

mejor y mas poderoso de los padres, le aseguran contra todos los acontecimientos; y viendole sin cesar y abandonandose á su mano, ellos no conocen las caidas, ellos no tienen necesidades, ellos están al abrigo de los peligros. La alegria, la suguridad, la abundancia, les acompañan por todas partes. ¡Oh dulce reposo de una amable confianza, que no conozca mejor las consuelos que prometeís!

¡Oh precioso abandono! ¡Ay! ¡cuantos trabajos é inquietudes nos ahorrariais, si fueseis el sentimiento mas ordinario de nuestro corazon!

¡Ay de mí! debiles é impotentes criaturas, ¿podemos por nuestros esfuerzos crecer una sola línea? (Matth. c. 6.) Estando ciegos ¿conocemos acaso lo que nos es ventajoso, aun cuando dependiese de nosotros el procurarnoslo? ¿Una funesta esperiencia, no nos enseña todos los dias, que despreciamos frecuentemente la consecucion de los verdaderos bienes? ¿Por qué buscar en un porvenir incierto, y en una inútil prevision, males reales y males presentes? ¿Qué tie-

nen de bueno estos temores injustos, que turban lo mas bello de nuestros dias? ¿No somos previsores, sino para ser menos constantes y estar menos tranquilos? ¿No somos prudentes y sabios, sino para estar mas inquietos y ser mas desgraciados? Dejemos al cielo escojer para nosotros todos los acontecimientos de nustera vida; su eleccion es mas segura que la nuestra; preguntemos, consultemos lo pasado: ¿cuántas veces hemos encontrado la desgracia en el resultado mismo de nuestros deseos? ¿Cuántas veces hemos llorado desdichas que nos han producido en fin las mayores ventajas?

Es en vano que el hombre edifique; en vano es que construya:s i la mano del Señor no sostiene la casa, apenas será elevada, cuando se la verá destruida hasta los cimientos.

Pero aquel que por su confianza ha sabido grangearse el favor del Altísimo, verá sin asustarse, los vientos y las borrascas caer sobre él para oprimirle; él despreciará las tempestades, él se reirá de los esfuerzos de

sus enemigos conjurados para perderle; y aun cuando el mundo entero pudiera ser reducido á ceniza, él marcharia con un paso igual sobre sus ruinas y sus escombros, persuadido de que sus verdaderos intereses, son muy conocidos y muy caros á una Providencia atenta, para que ella los despreciase alguna vez. ¿Qué desgracias podrian alarmar su constancia? Todo lo que no hiere su virtud, no sabria turbar su reposo. Se le verá en medio de las injusticias de la fortuna y de los sacudimientos de la adversidad, echarse en el seno de su Dios con un tierno abandono. Las enfermedades no le abatirán porque el soberano médico está con él; la indigencia no le espantará, porque aquel cuya mano magnífica criando al universo, desplega sobre el firmamento este velo azul que nos admira, y da el oro por vestido al sol, aquel que adorna los campos de lirios y mantiene los pájaros en el aire, tiene los ojos fijos sobre todas sus necesidades. ¿Y habrá alguna que escape á su liberalidad y á su ternura?

Sed, pues, siempre ¡oh Dios mio! el apo-

yo y defensa de mi alma, y ella no tendrá nada que temer. Ponedla para siempre bajo la sombra de vuestras álas, y los mas grandes peligros no la arredrarán.

Mi suerte, sí, toda mi suerte, está en vuestras manos paternales: ¿puede acaso estar mejor en otra parte? ¡Cuán dulce y graciosa me es esta perspectiva! ¡cuánto asegura mi felicidad!

El lugar en que me pongais en lo sucesivo, será siempre el que mas me agrade. El lugar que me ponga mas cerca de Vos, será el que mas desearé para mí. Y así fijando siempre mis miradas en Vos, yo veré todo lo demas con indiferencia.

Á ejemplo del real Profeta: "Yo mar-«charé impunemente sobre el aspid y el ba-«silisco: yo hollaré la serpiente y el leon, sin «temerle, porque Vos me habeis confiado al «cuidado de vuestros fieles Angeles, y les ha-«beis ordenado guardarme como la niña de «sus ojos. Empeñados en entrar en los ado-«rables designios de vuestra ternura, me lle-«varán continuamente entre sus brazos, te-

«miendo que una piedra me hiera ó me ha-
«ga caer. Inaccesible á todos los acciden-
«tes de la vida, ni las alarmas de la noche,
«ni los tiros que se me lanzarán en el dia,
«me quitarán la paz de mi alma; ella encon-
«trará en su viva confianza en vuestras bon-
«dades, un asilo que la pondrá á cubierto de
«todos los peligros."

ARTÍCULO LXI.

El verdadero amor se muestra por sus efectos.

¿Quis nos separavit á charitate Christi? ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?=S. Pab. Rom. c. 8.

El Apóstol lo decia: pero nosotros, ¿nos atreveremos á decirlo y asegurarlo, cuando nuestras acciones desmienten frecuentemente ¡ah! esta tierna protesta?

¿Amamos á nuestro Dios y nuestro Salvador, mas que á todas las cosas del mundo? ¿Tenemos hácia él este amor de elec-

cion y de preferencia que le es debido por tantos títulos, y podemos, en fin, como el Apóstol, desafiar á todas las criaturas á separarnos de la caridad de este Dios Redentor?

Si nosotros vemos sus beneficios y las tiernas relaciones que nos ligan á él, nuestros sentimientos se ecsaltan, nuestra alma se inflama y nada parece dificil á nuestro reconocimiento y á nuestros transportes; pero si por otra parte, ecsaminamos sériamente las disposiciones secretas de nuestro corazon, si nosotros oimos los reproches de nuestra conducta, un sentimiento de confusion nos enseñará bien pronto, lo que nosotros debemos pensar de un amor que se estingue al momento que se enciende, semejante á estos fuegos pasajeros que el menor viento apaga. Nosotros nos hemos dejado seducir hasta aquí por las débiles apariencias de un falso amor, y nosotros hemos estado sobre esto, en una ilusion que demanda todas nuestras lágrimas. Yo no os he amado sino con palabras, ¡oh Dios, cuyas obras todas, son un